

## ESPIRITUALIDAD Y VIDA CRISTIANA

La espiritualidad está de moda. Actualmente se tiene la idea de que si algo no está en Internet no existe. No es nuestro caso. Si introducimos la palabra *espiritualidad* en cualquier buscador de páginas web Internet obtendremos una infinidad de ellas donde se trata el tema. Pero ¿se refieren todas a la misma cosa? ¿Qué realidad refleja este resultado? Creo que ello es la manifestación de un interés por el tema espiritual, interés que hace referencia a una inquietud innata del ser humano que busca su satisfacción o superación. Esta inquietud experimentada podemos llamarla de muchas maneras ansiedad, intranquilidad, insatisfacción existencial, deseo de plenitud, angustia, crisis, etc.; y su solución también: satisfacción, plenitud, salvación, bienestar, tranquilidad, paz, felicidad.

Esta inquietud se acentúa en experiencias vitales límites como el sufrimiento, enfermedad o muerte suscitando en el hombre la pregunta sobre su existencia y el sentido o significado de la vida. El hombre ha hecho pequeñas experiencias de tranquilidad, de bienestar o satisfacción, por lo que surge en su conciencia un gran deseo de superar su limitación, su finitud. Es en el interior del ser humano donde se toma conciencia de esta realidad y de las circunstancias que la rodean. Desde el recuerdo, análisis y síntesis de otros acontecimientos vitales, el hombre decide y proyecta una posible solución. Conocer, recordar y decidir son facultades del espíritu humano, el corazón del hombre donde se resuelven todas sus cuestiones tanto interiores como exteriores.

El corazón reconoce las experiencias de la vida, las reorganiza y proyecta la novedad en el futuro. Mitos, religiones, filosofías, éticas, literatura, etc., son creaciones del espíritu humano que intentan dar respuesta al gran enigma de la vida. En la búsqueda de soluciones para el sentido de la propia existencia, el hombre puede optar por una solución inmediata. La vida solo tendría sentido en el disfrute momentáneo de la realidad: *“Comamos y bebamos que mañana moriremos”*. El bienestar consiste en una continua satisfacción de sus apetencias. Otros, ante la insatisfacción de sus vidas buscan la anulación de sus inquietudes con analgésicos, estupefacientes o incluso con algún método de control mental que ponga paz en su espíritu. Es la paz de la insensibilidad, no del gozo.

En la búsqueda de solución, están también los que desean dar un sentido a la vida conformándose con la satisfacción que produce el conseguir pequeñas o grandes metas viviendo ética y sabiamente: un libro escrito, un árbol plantando o una descendencia. Por último, están los que abriéndose a una solución trascendente, ofrecida por las religiones, encuentran su plenitud y felicidad en el cielo.

Diferentes soluciones, pero todos tienen en común que deciden para sí mismos una manera de vivir, un “estilo de vida” con el que conseguir una satisfacción. Dicho de otra manera, un itinerario vital guiado por decisiones, normas y comportamientos que lleven a la persona a su plenitud y felicidad. Esto es lo que podemos entender por espiritualidad en términos muy generales y en los que podríamos coincidir con muchas filosofías y religiones. Pero intentemos descubrir en qué consiste la verdadera espiritualidad.

## FILOSOFÍA O ESPIRITUALIDAD

Es muy conocida la frase de san Agustín: *“Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”* (I 1,1). Con ella, resume su propio itinerario espiritual que después irá desarrollando a lo largo de sus Confesiones. Ellas son la historia del amor de Dios que sale al encuentro del hombre Aurelio Agustín. Parece una historia original pero no lo es, o mejor dicho, es una historia *“siempre antigua y siempre nueva”*: *“Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva”* (X 27,38). Dios ha salido al encuentro del hombre desde siempre, desde el inicio de la creación hasta la plenitud de su cercanía en Jesucristo, el Hijo de Dios que asume la naturaleza humana. Y este acercarse de Dios al hombre no ha dejado de hacerlo hasta el día de hoy. Así nos lo atestigua la Iglesia y las Sagradas Escrituras donde continua encarnada la gran historia de amor de Dios por el hombre.

Agustín en su Confesiones muestra cómo va pasando de una solución a otra en la medida que enfrenta la realidad en su interior. En un primer momento, busca la satisfacción de sus apetencias, manifestación de la triple concupiscencia consecuencia del primer pecado: *“concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida”* (1Jn 2,16): *“En lo que pecaba yo entonces era en buscar en mí mismo y en las demás criaturas, no en Dios, los deleites, grandezas y verdades, por lo que caía luego en dolores, confusiones y errores.”* (Conf. I 20,31).

Su primera conversión es el paso de los placeres a la ascesis, una elevación de los sentidos a la razón. Con la lectura del Hortensio de Cicerón, Agustín buscará la felicidad no en la satisfacción de la sensualidad, sino en la búsqueda de la verdad (Cf. Conf. III 4,7). Este cambio de criterios le llevará posteriormente a la secta maniquea donde le prometen la verdad por medio de la razón y la ascesis, en lugar de la fe católica (Cf. III 4,10).

Pasado un largo tiempo de búsqueda infructuosa, y desencantado con el estilo de vida maniqueo, se aproxima de la comunidad católica de Milán. La predicación de Ambrosio, el estudio de los neoplatónicos y los diálogos con el sabio presbítero Simpliciano le ayudan a purificar la idea de Dios (Conf. VII 20,26), descubriendo su realidad espiritual y Verdad de su vida. Reconocía la meta que diese sentido a su vida y, por tanto, el sosiego y felicidad que tanto ansiaba, pero ahora se le planteaba el problema de cómo llegar a esta meta (Conf. VII 18,24). ¿Cuál era la ascesis necesaria para alcanzar la tan preciada verdad, su sumo bien? ¿Cuál era el camino o estilo de vida que le permitiese alcanzar a Dios?

Es también la comunidad de Milán que le presenta a Jesucristo camino, verdad y vida. *“Siendo, pues, en el Padre la verdad y la vida, y no sabiendo nosotros por dónde ir a esta Verdad, él, Hijo de Dios, Verdad eterna y Vida en el Padre, se hizo hombre para sernos camino. Siguiendo el camino de su humanidad, llegarás a la divinidad. El te conduce a él mismo. No andes buscando por dónde ir a él fuera de él.”* (Sermón 141,4; cf. Conf X 43,68). Agustín descubre en Cristo la dimensión más relacional y afectiva de la persona, el amor que Dios manifiesta por el hombre en su revelación: *“Nada de esto dicen aquellas letras [neoplatónicas]. Ni tienen aquellas páginas el aire de esta piedad, ni las lágrimas de la confesión, ni tu sacrificio, ni el espíritu atribulado, ni el corazón contrito y humillado (Sal 50,19), ni la salud del pueblo, ni la ciudad esposa, ni el arra del Espíritu Santo, ni el cáliz de nuestro rescate (Ap 21,2). Nadie allí canta: ¿Acaso mi alma no estará sujeta a Dios? Porque de él procede mi salvación, puesto que él es mi Dios, y mi salvador, y mi amparo, del cual no me apartaré ya más (Sal 61,2-3) 46. Nadie allí oye al que llama: Venid a mí los que*

*trabajáis. Tienen a menos aprender de él, porque es manso y humilde de corazón (Mt 11,29). Porque tú escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñuelos (Mt 11,25). Pero una cosa es ver desde una cima agreste la patria de la paz, y no hallar el camino que conduce a ella, y fatigarse en balde por lugares sin caminos, cercados por todas partes y rodeados de las asechanzas de los fugitivos desertores con su jefe o príncipe el león y el dragón (Sal 90,13), y otra poseer la senda que conduce allí, defendida por los cuidados del celestial Emperador, en donde no latrocinan los desertores de la celestial milicia, antes la evitan como un suplicio.” (Conf. VII 21,27).*

En esta breve referencia a la experiencia agustiniana, hemos visto como Agustín, después de su primera conversión a la búsqueda de la verdad, se ha servido de dos metodologías, por un lado ha utilizado la razón tendiendo con su esfuerzo hacia los valores más elevados y, por otro lado, el descubrimiento del amor de Dios consistente en la vida concedida graciosamente por medio de la fe en Cristo. Esta es la gran diferencia entre una espiritualidad de la inmanencia -una “espiritualidad sin Dios”- en la que el hombre organiza y proyecta su vida fundado en sus solas fuerzas y capacidades para alcanzar la felicidad -“el superhombre”-, y la espiritualidad cristiana fundamentada en una relación interpersonal con Dios según su Espíritu de amor en Cristo.

Este es el salto entre la espiritualidad entendida como proyecto humano y la espiritualidad cristiana fundamentada en la relación o alianza personal con Cristo, la indicó claramente Benedicto XVI en su encíclica programática: “*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.” (Deus caritas est, 1).

Según lo visto hasta ahora podemos entender que la espiritualidad cristiana no es una tarea prometeica en la que el hombre se empeña en robarle a Dios la felicidad tan deseada, por otro lado, sería tarea imposible. Pero también es verdad que debemos colaborar con nuestra libertad ejercitando un estilo de vida o ascesis que favorezca la acogida de la vida divina: “*Dios que te creo sin ti no te salvará sin ti.*” (Serm. 169,11).

## **ESPIRITUALIDAD Y TEOLOGÍA**

Llegados a este punto podemos preguntarnos qué relación hay entre espiritualidad y teología. Brevemente podemos responder que la *espiritualidad* es el camino vital concreto de cada persona hacia la felicidad resultado de entrelazar el proyecto personal y la gracia de Dios. Mientras que la *Teología espiritual*, es la disciplina que, comparando los datos objetivos de la revelación de Dios y la experiencia espiritual, describe su desarrollo progresivo y da a conocer sus estructuras y leyes. Sería la parte más teórica y propositiva.

Durante muchos siglos esta disciplina estuvo dividida en dos: *Teología ascética* y *Teología mística*. La primera se ocupaba de estudiar y determinar ejercicios y técnicas (oración, ayuno, separación del mundo, disciplinas, etc.) que ayudasen al hombre a la experiencia trascendente. Salvando siempre el principio de la gracia, es la parte más activa del hombre en la que se empeña con su libertad. Por el contrario, la

mística es la parte más pasiva, en cuanto que el hombre la padece y no tiene sobre ella ningún poder al ser regalo gracioso de Dios, y el objetivo de la disciplina es tomar conciencia de la experiencia trascendental, describirla y analizarla contando con la limitación humana.

Estas dos dimensiones de la experiencia espiritual están muy relacionadas entre sí, ejerciendo una sobre otra una influencia misteriosa, que no se puede definir como causa-efecto y que se escapa al puro análisis de nuestra razón. No hay una continuidad entre la ascética y la experiencia mística, porque esto supondría negar la trascendencia y libertad de Dios, pero al mismo tiempo tampoco podemos negar toda relación porque negaríamos la libertad humana y, también, el amor y bondad de Dios. Esta relación planteada como problema no tiene solución racional y planteada como misterio solo tiene solución vital.

Cuando el hombre intenta, con su sola razón, diseccionar la vida lo único que consigue es muerte. La vida hay que acogerla en toda su unidad, disfrutarla en su realidad multidimensional que toca al hombre, al mismo tiempo, en sus sentidos, razón, intuición, relaciones..., a la unidad alma-cuerpo. Solo así se “comprende” la vida. Analógicamente lo mismo podemos decir de la experiencia de Dios, porque también es vida o mejor dicho Vida con mayúscula. Cuando intentamos encerrarla en los límites de nuestra razón, se nos escapa entre las manos. Lo único que puede la Teología espiritual, es fijar unos mojones que indiquen el amplio camino de la vida hacia Dios.

A partir de la controversia mística de finales del s. XIX e inicio del XX, la teología se interesa por la experiencia de Dios y en las grandes universidades se constituyen cátedras de espiritualidad. Auguste Sauréau escribe *Manuel de Spiritualité* (Paris 1917) siendo el primero a proponer el término *espiritualidad*, para la nueva disciplina que integrará la ascética y la mística, y la define como la “*ciencia que enseña a progresar en la virtud y particularmente en el amor divino*”. Elige la palabra *espiritualidad* por su origen bíblico y por significar mejor la peculiar relación e interferencia entre la ascética y la mística.

La *nueva disciplina teológica* debe abrirse un espacio entre las disciplinas tradicionales y esto se complica cuando la dogmática y la moral asumen también una corriente más vital que tiene como fruto la renovación teológica del concilio Vaticano II. Después del Concilio surgen los estudios y discusiones sobre el objeto y el método característicos de la Teología Espiritual. Coincide con todas las disciplinas teológicas, en su objeto material: la revelación de Dios y la respuesta de fe por parte del hombre, pero su peculiaridad u objeto formal, será el estudio de la manifestación de Dios y respuesta del hombre en la vida concreta del fiel, es decir, la asimilación de la vida cristiana por los fieles en el espacio-tiempo concreto.

La Espiritualidad como disciplina teológica, está encaminada a facilitar y ayudar al hombre a vivir según el Espíritu Santo. Esto hace que deba conjugar, por un lado, el estudio de la objetiva revelación de Dios y su resonancia humana, sustentadas en la vida de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras, ayudada por las otras disciplinas teológicas, donde aprende la modalidad de la comunicación de Dios al hombre. Y por otro lado, la subjetiva experiencia del fiel cristiano, iluminada por las ciencias humanas psicología, sociología, historia, fenomenología, etc., que ayuda al conocimiento de la naturaleza humana y de su dinamismo vital de asimilación en la historia.

La asimilación de la vida cristiana tiene, por tanto, diferentes modalidades y manifiesta un progreso o itinerario que la Teología Espiritual tiene como misión descubrir, describir y proponer. A lo largo de la historia muchos maestros espirituales y especialmente los santos, sujetos cualificados de la relación con Dios en cada momento de la historia, han dejado manifestación de estos itinerarios espirituales o historias de amor de Dios con el hombre. Muchos son los ejemplos, aunque el más cercano a nuestra espiritualidad sea el itinerario vital de san Agustín.

## ESPIRITUALIDAD Y EXPERIENCIA CRISTIANA

El fundamento de la experiencia religiosa no es solo la afirmación de la existencia de Dios, sino la posibilidad de entrar en relación con él. Al igual que la existencia del mundo se impone a nuestra conciencia y es el soporte de todo conocimiento elaborado, gracias al cual podemos llevar la vida adelante; de manera semejante, al hombre religioso cuando entra en su interior toma conciencia de una realidad diferente de sí mismo que se le impone y no puede ser por él manipulada: *“¡Oh Verdad!, tú presides en todas partes a todos los que te consultan, y a un tiempo respondes a todos los que te consultan, aunque sean cosas diversas. Claramente tú respondes, pero no todos oyen claramente. Todos te consultan sobre lo que quieren, mas no todos oyen siempre lo que quieren. Óptimo ministro tuyo es el que no atiende tanto a oír de ti lo que él quisiera cuanto a querer aquello que de ti oyere.”* (Conf. X 26, 37).

Con la Verdad como sentido de nuestra vida podemos establecer una relación. Creer, esperar y amar son las actitudes fundamentales del espíritu humano con las que nos abrimos a las relaciones interpersonales. Por ello, las tradicionales virtudes teologales de fe, esperanza y caridad son el medio indispensable para la relación con Dios.

Dios se manifiesta a través de su Palabra esperando del hombre una respuesta para establecer un diálogo y alianza de amor. Esta realidad objetiva la conocemos en virtud de una comunicación asegurada por la Iglesia en su vida comunitaria, en la celebración litúrgica y en la memoria de la Sagrada Escritura.

Lo que vivieron, expresaron y transmitieron los discípulos de Jesús es el testimonio de una experiencia que basada en la percepción directa e irreplicable de los acontecimientos de encarnación, muerte y resurrección asumió el significado de una experiencia situada en otro nivel y llamada por eso mismo experiencia de fe.

La fe de la Iglesia es la sustanciación objetiva de esa realidad experiencial que se nos trasmite: *“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca de la Palabra de vida, os lo anunciamos. En efecto, la Vida se manifestó, y nosotros que la hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos manifestó. Os anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo.”* (1Jn 1,1-4).

La fe como acto de creer lo que nos anuncian y confiar en el que nos lo anuncia, es el primer paso de una relación interpersonal. La fe como realidad teologal

que nos abre al conocimiento de Dios, es una iluminación especial de la luz divina que eleva al creyente por encima de sus razonamientos y sentimientos. La experiencia de fe no se reduce al nivel psicológico, sino que como realidad objetiva permite al creyente dar un sentido a su vida y una consistencia en la adhesión a Cristo. El salto de la fe es un salto cualitativo afirmado por una evidencia interior concedida por el Padre: *“Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae.”* (Jn 6,44) *“Nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre.”* (Jn 6,65). Esta experiencia de creer y confiar, es consecuencia del amor, de la presencia del Espíritu sin el cual ni siquiera los testigos oculares de Jesús habrían podido reconocerle como Hijo de Dios: *“Por eso os hago saber que nadie, movido por el Espíritu de Dios, puede decir: ‘¡Maldito sea Jesús!’; y nadie puede decir: ‘¡Jesús es Señor!’ sino movido por el Espíritu Santo”* (1Co 12,3).

El mismo Dios que ha concedido la fe produce también su crecimiento y su mantenimiento en el cristiano. Esta fe articulada con la esperanza y la caridad crea en el cristiano un nuevo nivel de conciencia que penetra hasta la esfera divina.

La experiencia de Dios transforma al hombre elevándolo de manera misteriosa a la categoría de hijo de Dios haciéndole partícipe de la vida divina por la presencia en él de las divinas personas, con lo que la superación no consiste solamente en el orden de la operación espiritual o psicológica: *“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo el régimen de la ley, para rescatar a los que se hallaban sometidos a ella y para que recibiéramos la condición de hijos. Y, dado que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, también heredero por voluntad de Dios.”* (Gl 4,4-7; cf. Ef 3,14-19). La presencia de las Personas divinas en el cristiano puede manifestarse de varias maneras, pero para todas vale la afirmación de san Pablo de ser hijos de Dios: *“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues bien, vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor, sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos adoptivos y os permite clamar: ‘Abba’, es decir, ‘Padre’. Ese mismo Espíritu se une al nuestro para dar testimonio de que somos hijos de Dios”* (Rm 8,14-16).

La experiencia cristiana es pues una relación con Dios en Cristo, guiada por las virtudes teologales signos de la presencia del Espíritu Santo que eleva al creyente a la categoría de hijo de Dios, y esta experiencia continua realizándose en todos los tiempos como vemos en el ejemplo de Agustín.

El deseo de *“amar y ser amado”* que Agustín tanto asía y que por dos veces manifiesta en sus Confesiones (Cf. Conf II 2, 3; III 1,1) es algo que no se resuelve en un simple proyecto de superación humana. De hecho, el corazón de Agustín en el cenit de su vida, con reconocimiento social, amado y querido su concubina e hijo y con una cierta posición de bienestar material, continuaba inquieto e insatisfecho (Conf. VI 6,9). El *“amar y ser amado”* que busca Agustín como sentido de su vida, es el amar y ser amado de manera absoluta, plena y para siempre. Un amor que no se le escape entre los dedos de las manos. Esta es la experiencia de Casiciaco que le lleva a Cristo y se manifiesta en su cambio total de vida.

En un ambiente de reflexión y oración es invitado por la Palabra de Dios a *“revestirse de Cristo”* donde confluye, por un lado, su búsqueda espiritual de la verdad y, por el otro, la vida que Dios le ofrece: *“No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas.”* (Conf. VIII 12,29)

## ESPIRITUALIDAD: VIDA SEGÚN EL ESPÍRITU

Si la vida en el espíritu es el núcleo de la espiritualidad cristiana, es necesario saber qué entendemos por espíritu y su manifestación para poder reconocerlo.

*Espíritu* en castellano procede del latín *spiritus*. Su significado original en hebreo (*ruah*) es soplo, aliento y, por extensión, aliento vital. En el mundo griego (*pneuma*), que inicialmente también significaba soplo, con el neoplatonismo y estoicismo asumirá una dimensión de racionalidad, perfección y vida.

En la actualidad algunos autores utilizan *espíritu* como sinónimo de alma; otros en su lugar prefieren utilizar *mente*, término más moderno y desprovisto de la connotación religiosa que poseen los anteriores. Todavía hay un grupo menor que acepta diferencia entre las tres palabras donde el alma significa el principio vital, vinculado esencialmente con lo orgánico y común a todos los seres vivos; la mente es el centro de los procesos intelectuales y de consciencia, característica diferenciadora del ser humano respecto de los animales; y, por último, el espíritu, que situado por encima del alma y la mente, es la capacidad del ser humano para relacionarse con las realidades trascendentes como son los valores estéticos y morales; el sentido último de la vida y la experiencia de lo divino.

Nosotros vamos a entender por *espíritu del hombre* el centro de vida y actividad donde conoce, decide y recuerda posibilitando la relación consigo mismo, con el mundo circundante en el que están las personas y con lo trascendente. Este es el núcleo donde se define la identidad de una persona, el centro de amor. Lo que en términos populares denominamos corazón.

Podemos parafrasear a san Agustín “*dime lo que amas y te diré quién eres*”, “*porque cada uno es tal cual es su amor ¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿Diré que serás Dios? No me atrevo a decírtelo como cosa mía; oigamos la Escritura: Yo dije: Todos sois dioses e hijos del Altísimo. (Sl 81, 6) Luego si queréis ser dioses e hijos del altísimo, no améis al mundo ni las cosas que hay en el mundo. Si alguno amase al mundo no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que está en el mundo es codicia de la carne, deseo de los ojos y ambición del siglo, lo cual no procede del Padre, sino del mundo; es decir, de los hombres amadores del mundo. Y el mundo pasa y sus deseos, pero quien hace la voluntad de Dios permanece eternamente, como Dios permanece por los siglos de los siglos.*” (Comentario a la epístola de san Juan 2, 14).

La redacción de las Confesiones ha ayudado a Agustín a tomar una conciencia más clara de su itinerario espiritual, del camino de amor que Dios ha hecho con él. Los elementos que ayudan a esta toma de conciencia son el análisis y evaluación de la vida que conserva en su memoria, para integrarla en un itinerario significativo, un proyecto vital con sentido.

La espiritualidad de una persona, comunidad y/o pueblo es, en esta acepción su motivación de vida, su talante, la inspiración de su actividad, de su utopía, en definitiva de las esperanzas que dirigen el sentido de su existencia.

Así como el espíritu del hombre, el corazón del hombre es la esencia personal de cada uno que los otros pueden intuir y reconocer, en cierta medida, por sus actitudes y acciones concretas en la vida, también podremos intuir la acción del

Espíritu de Dios en el mundo. Leer lo que en expresión evangélica son *los signos de los tiempos*, y que el Papa Juan XXIII recuperó para la reflexión teológica actual.

En la Sagrada Escritura el ruah (soplo-aire en movimiento) era el medio usado por Dios para intervenir en el mundo, poco a poco el *soplo de Yahvé*, el espíritu de Dios se irá generalizando pasando a significar la presencia y acción de Dios sobre toda la realidad: “*¿Adónde iré lejos de tu espíritu, adónde podré huir de tu presencia?*” (Sal 139,7; cf. Sb 1,7).

El *espíritu santo* de Yahvé es la presencia divina que actúa no solo en el mundo, especialmente lo hace en el hombre produciendo numerosos efectos de tipo físico o anímico. Por ello podemos decir que el Espíritu es la presencia de Dios que el hombre puede intuir y oscuramente reconocer a través de su acción en lo creado, es el modo o estilo de actuar de Dios en el mundo. Precisamente porque esta actuación es oscura, Dios ha querido dejar al hombre un signo más perceptible de su acción para que mejor pueda reconocerlo a través de la revelación y de su expresión plena en la Encarnación.

La espiritualidad para el cristiano es la vida según el Espíritu, es decir, vivir dejándose guiar por el Espíritu de Dios en lugar del propio espíritu. Es dejarse guiar por el espíritu de Cristo, que es el mismo espíritu de Dios. Es la vida divina que se nos participa a través de Cristo en su espíritu después de su resurrección.

El primer gran regalo de Dios al hombre es el Espíritu Santo, el amor mutuo entre el Padre y el Hijo: “*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado*” (Rm 5,5). El Espíritu “habita” en el corazón del cristiano no como un simple maestro interior enseñando, sino como un nuevo principio operativo que le hace hijo en el Hijo: “*una prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abba, Padre!*” (Gal 4,6).

La acción del Espíritu santo es la moción divina que precede y acompaña, desde el principio hasta el fin, a todo movimiento espiritual en el hombre, pues todo lo impregna porque en él “*vivimos, nos movemos y existimos*” (Hch 17,28). Dirá San Agustín: “*Tú eres la vida de las almas, la vida de las vidas que vives por ti misma y no te cambias: la vida de mi alma*” (Conf. III 6,10).

El cristiano, como hombre nuevo regenerado por Cristo y vivificado por el Espíritu Santo está llamado a vivir la vida nueva no ya según su espíritu sino según el Espíritu de Cristo: “*Si vivimos por el Espíritu, sigamos también al Espíritu.*” (Ga 5,25), porque “*el hombre naturalmente (Ψυχικός) no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre espiritual (πνευματικός) lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para instruirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo. Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podáis soportar. Ni aun lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales (Σαρκικός). Porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano?*” (1Co 2,14-3,3).

San Pablo no es el único, pero sí el que más habla sobre el Espíritu y su acción en el hombre, por eso, será su influencia la que genere el término *espiritual* y su campo semántico y la identificación entre cristiano y hombre espiritual.

Hablando de su experiencia espiritual, san Pablo descubre en sí una tensión entre el espíritu y la carne, que agita al corazón humano: *“Los que viven según la carne sienten las cosas de la carne, en cambio, los que viven según el Espíritu sienten las cosas del Espíritu. Porque la tendencia de la carne es la muerte; mientras que la tendencia del Espíritu, la vida y la paz. Puesto que la tendencia de la carne es enemiga de Dios, ya que no se somete —ni siquiera puede— a la Ley de Dios. Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Ahora bien, vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, ese no es de Él”* (Rm 8,5-9).

Este dualismo paulino no debe ser entendido ontológicamente como el dualismo maniqueo, sino que es un dualismo de tipo ético consecuencia del pecado original (cf. Rm 5,1-19). Para él, la carne no es esencialmente mala, *“pues nadie aborrece nunca su propia carne, sino que la alimenta y la cuida, como Cristo a la Iglesia”* (Ef 5,29) y en ella se puede manifestar la vida de Jesús (cf. 2Co 4,11). Con el término *carne* quiere significar la naturaleza humana que rebelada contra Dios ha sufrido una división y un desorden quedando sujeta a la tiranía de la concupiscencia que es la inclinación al pecado: *“Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco.”* (Rm 7, 14-24).

La expresión *“obras de la carne”* (Ga 5,19) no se refiere únicamente a los pecados materiales o corporales, sino que incluye también pecados pertenecientes al ámbito del espíritu: la idolatría y la magia, las enemistades, las rivalidades, la envidia, etc. Si deseamos actualizar el significado del concepto de *carne* paulino, habría que traducirlo por *egoísmo*, es decir, amor a sí mismo o espíritu del hombre encerrado en sí mismo y sus intereses sin tener en cuenta el proyecto de Dios. Esta realidad afecta a la totalidad psicofísica del hombre, alma y cuerpo.

En terminología agustiniana sería la diferencia entre los *“Dos amores fundaron, pues, dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí propio, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda en Dios, porque aquella busca la gloria de los hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia.”* (La ciudad de Dios 14,28).

El egoísmo pone a prueba el corazón del hombre, que se demuestra impotente ante sus rebeldías, pero cuando recibe la gracia del Espíritu Santo enviado por Cristo, es elevado a condición de hombre nuevo o espiritual (cf. Ef 4,22-24; Col 3,9-10) recibiendo las fuerzas necesarias para no vivir *“según la carne”* (Rm 8,1-12; 13,14; Ga 5,24; Col 3,5), sino según el Espíritu.

Por ello, es necesaria una continua práctica espiritual como es la del discernimiento de los espíritus o en terminología agustiniana el discernimiento de los amores: *“Dos amores constituyeron estas dos ciudades. El amor de Dios constituye la ciudad de Jerusalén; el amor del mundo, la de Babilonia. Pregúntese a sí mismo cada uno qué cosa ame, y se dará cuenta a qué ciudad pertenece; y, si ve que es ciudadano de Babilonia, extirpe en sí la codicia y plante la caridad. Si ve que es ciudadano de Jerusalén, tolere esta cautividad y espere la libertad.”* (Comentario al Salmo 64, 2).

Dejarse llevar por un espíritu, es lo que caracteriza el estilo de vida o espiritualidad. Para identificar los espíritus debemos ver las consecuencias de su presencia. Esto es el interés de san Pablo en dar la lista de las obras de la carne o, en

contraposición, la lista de acciones fruto del Espíritu. El discernimiento es imprescindible para descubrir de qué espíritu vienen las mociones o amores que determinan las decisiones del corazón del hombre y su acción.

El hombre nuevo o espiritual es que manifiesta el *fruto del Espíritu* en “el amor, la alegría, la paz, la paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí” (Ga 5,22s.), en contraposición está el hombre viejo o egoísta que manifiesta las obras de la carne: *“fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, ambición, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes”* (Ga 5, 19-21). Precisamente con este decir: *“cosas semejantes”*, san Pablo indica la actitud o estilo de vida del hombre egoísta. La enumeración de estas obras no tiene por intención hacer una casuística moral, sino que busca trazar, con unos cuantos rasgos ejemplares, la figura del hombre espiritual, es decir, definir el estilo de vida que caracteriza a una u otra persona.

Fue el mismo Jesús el que dio a la imagen del fruto un sentido espiritual dinámico, desconocido en el antiguo Testamento: *“el que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto”* (Jn 15,5). Al decir esto, sugería el misterioso crecimiento del reino de Dios en el hombre. El hombre debe cultivar su campo, del que recogerá la cosecha: *“No os engaños: de Dios nadie se burla. Porque lo que uno siembra, eso recogerá: el que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; y el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna. No nos cansemos de hacer el bien, porque, si perseveramos, a su tiempo recogeremos el fruto”* (Ga 6,7-9).

La imagen evangélica del fruto indica siempre, junto con la realidad interior, una manifestación que puede percibirse desde fuera. Jesús puso como criterio de discernimiento el fruto producido por el árbol (cf. Mt 7 16-18), por lo que el fruto evangélico está relacionado eminentemente a la actividad apostólica, es decir, se manifestará en la expansión del Reino de Dios en la historia: *“La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos.”* (Jn 15,8; cf. Mt 5, 16).

También san Pablo hace referencia a otros dones o carismas, consecuencia de la presencia del Espíritu y que tienen como finalidad el bien común: *“Así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros y no todos los miembros tienen una misma función, así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo al quedar unidos a Cristo y somos miembros los unos de los otros. Puesto que tenemos dones diferentes, según la gracia que Dios nos ha confiado, el que habla en nombre de Dios, hágalo de acuerdo con la fe; el que sirve, entréguese al servicio; el que enseña, a la enseñanza; el que exhorta, a la exhortación”* (Rm 12, 4-8; cf. 1Co 12,28).

El concilio Vaticano II, siguiendo la doctrina paulina, ha puesto de relieve la presencia de los carismas en la Iglesia y ha reconocido no solamente los institucionales, gracias a los cuales el cuerpo va creciendo bien organizado bajo la guía de los obispos, sino también los diversos dones que poseen los fieles para la edificación de la Iglesia y la extensión del Reino de Dios (Cf. LG 12 y 30).

El criterio esencial para juzgar el valor de los carismas no es su carácter más o menos espectacular ni la intensidad de la experiencia espiritual que se presupone a los mismos, sino su utilidad con vistas a la edificación de la comunidad: *“ya que aspiráis a los dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación de la asamblea.”* (1Co 14,12). Pero no olvidemos que, por encima de todo carisma válido tanto para la vida personal como para la comunidad, está el don de la caridad, que es el que discierne todos los demás.

## ESPIRITUALIDAD: VIDA EN CRISTO

En Cristo *“reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en él, que es la cabeza de todo principado y de toda potestad”* (Col 2,9-10) y es en Él que reconocemos el obrar de Dios. Es el hombre concebido por el Espíritu en el seno de María; en su bautismo el Espíritu de Dios baja sobre él (Cf. Mt 3,16; cf. Mc 1,10; Lc 3,22; Jn 1,32); *“Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder”* (Hch 10, 38). Cristo realiza la voluntad y las obras de Dios porque tiene su Espíritu: *“El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc 4,18-19). Jesús se presenta unido al Padre y como su imagen: *“El Padre y yo somos una misma cosa”* (Jn 10,30); *“quien me ha visto a mí ha visto al Padre”* (Jn 14,9).

Cristo es para el cristiano camino, verdad y vida. Camino por el que llegamos a Dios, verdad que nos muestra al Padre y vida de Dios que nos transforma y eleva. El cristiano vive según el Espíritu de Jesús y, también, gracias al Espíritu de Jesús que es el mismo Espíritu de Dios.

Por ello, a él debemos mirar si queremos reconocer la acción de Dios en la historia y en el hombre de hoy. Por eso, desde los inicios los hombres han tomado a Cristo como el maestro espiritual y el modelo a seguir. Monjes, vírgenes, consagrados, ministros ordenados, fieles cristianos han mirado a Jesús como el modelo a imitar, como el fiel hijo del Padre.

El seguimiento y la imitación de Cristo han sido dos modelos espirituales más o menos dinámicos para alcanzar la plenitud de vida en Dios, para vivir según el Espíritu de Dios: *“el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece”* (Rm 8,9).

El término *seguimiento* (*sequela*, en latín; *akolouthía*, en griego) es el más utilizado en los evangelios para describir la relación de Jesús con sus discípulos. Le siguen acompañándole en el camino que él realiza físicamente como otros discípulos acompañaban a sus rabinos. Pero Jesús no pide solo que compartan con Él un cierto periodo de vida, sino que se entregaran a Él por entero, es decir, que no sólo confiaran en sus palabras, sino que se adhirieran a su persona compartiendo el mismo destino: *“Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga”* (Mc 8,34). Esta renuncia implica que el proyecto espiritual no tenga al “yo” como centro de los intereses, sino que sea el Espíritu de Jesús el que guía la vida del creyente.

La generación apostólica es consciente de la singular e irreplicable experiencia de los discípulos que siguieron a Jesús por los senderos de Palestina, pero recoge este modelo o estilo de vida comunitario como norma para la comunidad cristiana de todos los tiempos. Los Hechos de los Apóstoles manifiestan esta transformación significativa llamando a los bautizados con el nombre de *discípulos* (cf. Hch 6,1; 21,16) y *cristianos* (Cf. Hch 11,26), reservando para los que compartieron con Él la vida terrena el título de *Apóstoles* (cf. Hch 1,2.26; 2,37; 4,36; etc.) o *los Doce* (cf. Hch 6,2; 7,8; 19,7; 24,11).

En las cartas del Nuevo Testamento aparece un nuevo desarrollo del discipulado: seguir a Jesús pasa a ser la actitud moral de imitar a Cristo: *“Para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para*

*que sigáis sus huellas*” (1P 2,21). Después de la resurrección ya no se puede hacer un seguimiento de Cristo como habían hecho los discípulos. La relación con Cristo se hará ahora a través de la adhesión de fe. La vida nueva no depende de haber conocido físicamente a Jesucristo o haber convivido materialmente con Él: *“Desde ahora ya no conocemos a nadie según la carne; y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto si alguno está en Cristo es una nueva creación; lo viejo pasó, ya ha llegado lo nuevo”* (2 Co 5, 16-17). El verdadero conocer y seguir a Cristo es el conocer de la fe, en virtud de la cual vivimos en Cristo *“para mí, el vivir es Cristo, y el morir una ganancia”* (Flp 1, 21). También el Evangelio de san Juan subraya que la comunidad material de vida con Jesús es signo de una realidad más honda que define la realidad del discípulo como adhesión de fe: *“los discípulos creyeron en Jesús”* (cf. Jn 2, 11; 6,65 ss), haciendo equivalentes las expresiones *“seguir a Cristo”* y *“creer en Cristo”* (Cf. Jn 8,12; 12,46; 10,1-21).

Jesús invita a imitar al Padre en su misericordia (cf. Lc 6, 37), y también se pone como modelo de imitación: *“aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”* (Mt 11, 29); *“como yo os he amado, amaos también unos a otros”* (Jn 13, 34). San Pablo insiste en la imitación de Cristo: *“Tened (...) los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús”* (Flp 2, 5); e *“Imitad a Dios, como hijos queridísimos, y caminad en el amor, lo mismo que Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación y ofrenda de suave olor ante Dios”* (Ef 5, 1-2).

La *“imitación de Cristo”* no es algo extrínseco o una simple imitación ética, se trata de la plena unión vital del creyente con Jesús, de la configuración con Cristo hasta el punto de poder decir: *“ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.”* (Ga 2,20). Esto hace que el cristiano responda con el Espíritu de Cristo a los desafíos del mundo de hoy. La espiritualidad cristiana consiste en actuar aquí y ahora como Cristo lo haría. Por esto, la teología actual habla más que de seguimiento o imitación, de la identificación del bautizado con Cristo, según la expresión de Pablo, *estar en Cristo*: *“Los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.”* (Ga 3,27s.; Cf. 1Co 12,13; Rm 10,12; Col 3,11).

Esta identificación significa estar misteriosamente en comunión de vida con Él desde el momento del Bautismo en que somos injertados en el cuerpo de Cristo lo que nos hace participar de su proyecto vital. El cristiano participa en la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús: *“Fuimos sepultados juntamente con Él mediante el Bautismo para unirnos a su muerte”* (Rm 6,4), y *“Nuestro hombre viejo fue crucificado con Él”* (Rm 6,6; cf. Ga 2,20); *“Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser con él también glorificados”* (Rm 8,17).

El proyecto espiritual cristiano es continuar el proyecto de salvación de Cristo. El himno cristológico de Filipenses es, al mismo tiempo, una síntesis de la misión de Jesús y un programa de vida para sus discípulos: *“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y, mostrándose igual que los demás hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y, por eso, Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: “¡Jesucristo es el Señor!”; para gloria de Dios Padre”* (2,5-11).

La participación en la vida de Cristo no se hace de manera individual, sino que se hace en relación con los otros fieles cristianos y por medio de la participación en su cuerpo misterioso, el Cristo Total en expresión agustiniana: *“denominamos Cristo total, en la plenitud de su Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo, según la plenitud de cierto varón perfecto, de quien somos miembros cada uno en particular.”* (Serm. 341,1).

La Iglesia es una comunidad *“orgánicamente estructurada”* (LG 11), es decir, una comunidad que tiene pluralidad de miembros diferentes y *“diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; y diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; y diversidad de acciones, pero Dios es el mismo, que obra todo en todos”* (1Co 12,4-6; Cf. Rm 12, 3 ss. y Ef 4, 7 ss).

Dios ha querido continuar su relación de amor con el hombre y, por ello, nos ha dejado *“el cuerpo de Cristo”* para que continuemos recibiendo el Espíritu Santo, la vida de Dios. La espiritualidad cristiana no es una espiritualidad desencarnada, sin espacio ni tiempo, todo lo contrario. La encarnación de Dios ha asumido y dignificado toda la realidad material, sensible y temporal. La salvación de Dios continúa realizándose a través de Cristo, del cuerpo de Cristo formado por los hombres que, dejándose guiar por su espíritu, trabajan por la extensión del Reino de Dios en el mundo creando estructuras de salvación y evangelizando las ya existentes.

En conclusión, el hombre espiritual es el cristiano que vive en el mundo según el espíritu de Cristo para continuar su obra de salvación: *“Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros. Así que, hermanos míos, no somos deudores de la carne para vivir según la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis. En efecto, todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si compartimos sus sufrimientos, para ser también con él glorificados.”* (Rm 8,11-17)